

LA MUERTE DE MI PADRE



Era yo estudiante de último curso en el instituto de Kiev cuando me llegó un telegrama en el que me informaban de que mi padre se estaba muriendo en la finca de Gorodische, cerca de Bélaia Tsérkov.

Llegué allí al día siguiente y me alojé en casa de un viejo amigo de mi padre, Feoktístov, el jefe de la oficina de correos. Era un viejo de barba larga, miope, con gruesos lentes, que vestía una raída chaqueta de correos con cornetas y flechas de latón cruzadas en las solapas.

Marzo llegaba a su fin. Llovía a cántaros. Los álamos desnudos se erguían entre la niebla.

Feoktístov me contó que durante la noche se había roto el hielo en el turbulento río Ros. La finca donde mi padre se estaba muriendo estaba en una isla en medio de ese río, a veinte kilómetros de Bélaia Tsérkov. Una presa peatonal de piedra construida sobre el río llegaba hasta la finca.

El agua inundaba la presa y, por supuesto, nadie aceptaría llevarme a la isla, ni siquiera el cochero más arrojado.

Feoktístov estuvo pensando durante bastante tiempo quién podría ser el cochero más arrojado de Bélaia Tsérkov. En la penumbra del salón, Zina, la hija de Feoktístov, estudiante del instituto femenino, tocaba el piano con diligencia. La música hacía temblar las hojas del ficus. Miré la pálida rodaja de limón exprimido que estaba en un platito y guardé silencio.

—Muy bien, llamaremos a Bregman, un viejo zorro —decidió por fin Feoktístov—. Ni el mismísimo diablo es rival para él.

Al cabo de un rato, Bregman, el zorro más viejo de toda Bélaia Tsérkov, entró en el gabinete de Feoktístov que estaba lleno de tomos de la revista *Niva* encuadernados en oro. Era un judío enano y corpulento, de barba rala y ojos azules como los de un gato. Sus mejillas curtidas eran rojas como las manzanas del paraíso. Mientras escuchaba de un modo burlón a Feoktístov, hacía girar en su mano un pequeño látigo.

—¡Oh, qué desgracia! —dijo al fin con voz de falsete—. ¡Oh, qué mala suerte, *pan*² Feoktístov! Mi carruaje es ligero, pero mis caballos son débiles. ¡Son caballos gitanos! No conseguirán atravesar la presa y nos ahogaremos todos, los caballos, el carruaje, el joven y el viejo cochero. Y nadie publicará nada sobre nuestras muertes en el *Kiévskaia Mysl*. Y eso no puedo tolerarlo, *pan* Feoktístov. Pero ir, claro que podemos ir. ¿Por qué no? Bien sabe usted que la vida de un cochero solo vale tres *karbóvantsy*,³ pero a mí no me asustarán cinco o, pongamos, diez.

—Gracias, Bregman —dijo Feoktístov—. Sabía que llegaríamos a un acuerdo. Eres el más valiente de Bélaia Tsérkov. Por eso te suscribiré a *Niva* para el resto del año.

—Bueno, como soy tan valiente —dijo Bregman con voz muy fina y sonriendo—, será mejor que me suscriba a *Russki Invalid*.⁴ Allí, por lo menos, leeré sobre cantonistas⁵ y caballeros de San Jorge. Dentro de una hora los caballos estarán en la puerta, *pan*.

Bregman se fue.

² En ucraniano y polaco: «señor».

³ Denominación de los rublos en Ucrania.

⁴ Periódico militar editado en San Petersburgo entre 1813 y 1917.

⁵ Soldados alistados en el ejército desde su nacimiento.

En el telegrama que recibí en Kiev había una frase extraña: «Trae un sacerdote de Bélaia Tsérkov, ortodoxo o católico. No importa con tal de que acepte venir».

Yo conocía bien a mi padre y por eso esta frase me desconcertaba y me confundía. Mi padre era ateo. A causa de sus burlas hacia los sacerdotes, ya fueran ortodoxos o católicos, tenía constantes enfrentamientos con mi abuela, una polaca fanática, como casi todas las mujeres polacas.

Supuse que la hermana de mi padre, Feodosia Maxímovna o, como todo el mundo la llamaba, la tía Dozia, había insistido en que fuera un sacerdote.

Ella no creía en ninguno de los ritos eclesiásticos, excepto en la absolución de los pecados. Había sustituido la Biblia por el *Kobzar*, de Shevchenko,⁶ tan amarillento y lleno de manchas de cera como la Biblia que guardaba también en un baúl con cadenas. La tía Dozia lo sacaba algunas noches, leía el poema «Katerina» a la luz de las velas y se enjugaba los ojos una y otra vez con su oscuro pañuelo.

Lloraba por la suerte de Katerina, que era muy parecida a la suya. En la húmeda arboleda situada detrás de su cabaña se encontraba, cubierta de verde, la tumba de su hijo, su «niño pequeño», que había muerto hacía ya muchos años, cuando la tía Dozia era aún muy joven. Ese niño era, como se decía entonces, un hijo ilegítimo.

El amante de la tía Dozia la engañó y la abandonó, pero ella le fue fiel hasta la muerte y esperó su regreso. De algún modo, enfermo, pobre, herido por la vida, él volvería, y ella, después de regañarle debidamente, lo acogería por fin.

Ningún sacerdote aceptó ir a Gorodische. Decían que estaban enfermos o que tenían otros asuntos que atender. Solo un joven sacerdote

⁶ *Kobzar*, en ocasiones traducido como *El bardo*, es la primera colección de poesías que publicó su autor, Tarás Shevchenko (1814 - 1861), poeta ucraniano.

católico aceptó. Me advirtió que antes debíamos ir a la iglesia a coger los objetos litúrgicos para dar la extremaunción al moribundo y que estaba prohibido hablar con la persona que los llevaba.

El sacerdote llevaba un largo abrigo negro con cuello de terciopelo y un extraño sombrero redondo, negro también.

La iglesia estaba a oscuras y hacía mucho frío. Unas rosas de papel de un rojo intenso colgaban a los pies de un crucifijo. Sin velas, sin el tañido de las campanas, sin los acordes del órgano, la iglesia se asemejaba al escenario de un teatro bajo la aburrida luz diurna.

Al principio íbamos en silencio. Solo Bregman se atrevía a tararear mientras arreaba a aquellos esqueléticos caballos bayos. No les decía «¡jarre!» como todos los carreteros, sino «¡vio!». La lluvia murmuraba en los descuidados jardines. El sacerdote llevaba el sagrario envuelto en una sarga negra. Mi abrigo gris del uniforme del instituto estaba empapado y ennegrecido.

Los famosos jardines de Alejandro, propiedad de la condesa Branítskaia,⁷ parecían elevarse hasta el mismo cielo entre los vapores de la lluvia. Eran unos jardines inmensos, igual de grandes, según me dijo Feoktístov, que los de Versalles. La nieve se derretía en ellos y cubría los árboles de una fría neblina. Bregman se volvió hacia nosotros y nos dijo que en esos jardines vivían ciervos salvajes.

—A Mickiewicz⁸ le gustaban mucho estos jardines —le dije al sacerdote, olvidando que debía guardar silencio todo el camino.

Quería decirle algo amable para agradecerle que hubiera aceptado un viaje tan difícil y peligroso. El sacerdote me devolvió una sonrisa.

El agua de la lluvia embarraba los campos y reflejaba el vuelo de los grajos. Me levanté el cuello del abrigo y pensé en mi padre, en lo poco que le conocía. Era estadístico y había trabajado toda la

⁷ Condesa Alexandra Branítskaia (1754 - 1838). Tras su matrimonio con el conde polaco Franciszek Branicki, se convirtió en la gobernadora de la provincia de Bélaia Tsérkov, en Ucrania.

⁸ Adam Mickiewicz (1798 - 1855). Principal poeta polaco.

vida en diferentes líneas de ferrocarril: Moscú-Brest, Petersburgo-Varsovia, Járkov-Sebastopol y en del suroeste.

Nos trasladábamos a menudo de una ciudad a otra: de Moscú a Pskov, luego a Vilna, después de Kiev. Mi padre no se llevaba bien con sus superiores en ningún sitio. Era un hombre muy egocéntrico, impulsivo, pero buena persona.

Hacía un año que mi padre había dejado Kiev para entrar como estadístico en una fábrica de Briansk, en la provincia de Orel. Tras haber prestado servicio durante muy poco tiempo, de pronto y sin motivo aparente, dejó el trabajo y se marchó a la antigua finca de mi abuelo, a Gorodische. Allí vivían su hermano Ilko, maestro del pueblo, y la tía Dozia.

El incomprensible acto de mi padre extrañó a toda la familia, pero sobre todo a mi madre. Ella vivía entonces con mi hermano mayor en Moscú.

Un mes después de llegar a Gorodische, mi padre cayó enfermo y ahora se estaba muriendo.

El camino atravesaba un barranco. Al final del mismo se oía un constante sonido de agua. Bregman se removió en el pescante.

—¡La presa! —dijo en voz baja—. Ahora, pasajeros, ¡recen a Dios!

En cuanto pasamos un recodo, pudimos ver la presa. El sacerdote se enderezó y agarró a Bregman por su faja roja descolorida.

Una gran cantidad de agua corría entre los bordes de granito. En este lugar el río Ros irrumpía, desbocado, a través de los montes Avrátynskie. El agua atravesaba la presa de piedra con olas transparentes, caía con estruendo y se transformaba en un polvo frío.

En la otra orilla del río, al final de la presa, se veían unos álamos altísimos que se elevaban hacia el cielo y una pequeña casa blanca. Reconocí la hacienda de la isla donde había vivido mi primera infancia, sus arboledas y sus setos, las pértigas de los pozos y los acantilados rocosos que cortaban el agua del río en poderosos torrentes. En esos acantilados, mi padre y yo solíamos pescar gobios de grandes bigotes.

Bregman detuvo los caballos junto a la presa. Desmontó, comprobó los arreos con el látigo, examinó incrédulo el carruaje y sacudió la cabeza. En ese momento, por primera vez, el sacerdote rompió su voto de silencio.

—¡Jesús, María y José! —dijo en voz baja—. ¿Cómo vamos a cruzar?

—¡Buf! —respondió Bregman—. ¡Yo qué sé! Siéntese y quédese quieto. Porque los caballos ya están temblando.

Los caballos bayos levantaban el hocico y resoplaban. Cuando por fin se atrevieron a entrar en el agua caudalosa, esta rugió y llevó el ligero carruaje hasta el borde sin barandilla de la presa. El carruaje se inclinó y las llantas de hierro de las ruedas rechinaron. Los caballos temblaban y trataban de arrastrarse, casi tumbados sobre el agua para que esta no los derribara. Bregman sacudía el látigo sobre sus cabezas.

A mitad de la presa, donde el agua corría con más fuerza e incluso resonaba, los caballos se detuvieron. Unas cascadas de espuma fluían entre sus poderosas patas. Bregman gritó con voz llorosa y comenzó a azotar a los caballos sin piedad. Los animales se revolieron y llevaron el carruaje hasta el borde mismo de la presa.

Entonces vi al tío Ilko. Galopaba sobre un caballo gris desde la hacienda en dirección a la presa. Gritaba algo y agitaba una soga fina sobre su cabeza.

Entró en la presa y le lanzó la cuerda a Bregman. Este la ató apresuradamente en algún lugar bajo el pescante, y los tres caballos, los dos bayos y el gris, arrastraron por fin el carruaje hasta la orilla.

El sacerdote se santiguó con una gran cruz católica. Bregman le guiñó un ojo al tío Ilko y le dijo que la gente recordaría durante mucho tiempo a un tipo tan valiente como el viejo Bregman. Yo le pregunté cómo se encontraba mi padre.

—Sigue vivo —contestó Ilko, y me besó, pinchándome con la barba—. Te espera. Y ¿dónde está María Grigórievna, tu madre?

—Le envié un telegrama a Moscú. Si todo va bien, llegará mañana.

El tío Ilko miró el río.

—Continúa creciendo —dijo—. Mala cosa, querido Kóstik. Bueno, tal vez pueda pasar. ¡Vámonos!

La tía Dozia nos recibió en el porche, toda vestida de negro, con los ojos secos, pero con signos de haber llorado.

Las habitaciones mal ventiladas olían a menta. No reconocí de inmediato a mi padre en aquel anciano amarillento de barba canosa. Solo tenía cincuenta años. Lo recordaba algo cargado de espaldas, pero delgado, fuerte, de cabello negro, con una particular sonrisa triste y unos ojos grises y atentos.

Ahora estaba sentado en un sillón. Respiraba con dificultad y me miraba fijamente. Una lágrima resbaló por su mejilla reseca. Se le quedó en la barba, y la tía Dozia se la secó con un pañuelo limpio.

Mi padre ya no podía hablar. Se moría de un cáncer de laringe.

Pasé toda la noche sentado junto a él. Todos se habían ido a dormir. Había dejado de llover. Las estrellas brillaban tristes tras las ventanas. El río sonaba cada vez más fuerte. El agua subía con rapidez. Bregman y el sacerdote no podían volver a cruzar y estaban atrapados en la isla.

En mitad de la noche, mi padre se despertó y abrió los ojos. Me incliné hacia él. Intentó echarme los brazos al cuello, pero no pudo y me dijo en un susurro:

—Tengo miedo... Tu falta de carácter... te arruinará.

—No —le dije en voz baja—. No lo hará.

—Cuando veas a tu madre —susurró—, dile que soy culpable ante ella... Que me perdone.

Entonces guardó silencio y me apretó sin fuerza la mano.

En aquel momento no entendí sus palabras, y solo mucho más tarde, muchos años después, entendí su amargo significado.

Fue también mucho más tarde cuando comprendí que mi padre no era en realidad un estadístico, sino un poeta.

Murió al amanecer, pero yo no me di cuenta. Me pareció que se había dormido plácidamente.

En la isla vivía un viejo llamado Nechipor. Fue el encargado de leerle el salterio a mi padre.

Nechipor interrumpía a menudo la lectura para salir al recibidor a fumar. Allí me contaba en voz baja historias sencillas que se le pasaban por la mente: sobre una botella de vino que se había bebido el verano pasado en Bélaia Tsérkov, sobre la vez que vio de cerca al mismísimo Skóbelev⁹ en Plevna, «tan cerca como ahora veo este seto», y sobre el maravilloso molino americano que servía también de pararrayos. El abuelo Nechipor era, como decían en la isla, «un hombre insustancial», mentiroso y charlatán.

Leyó el salterio durante todo el día y toda la noche siguientes. Pellizcaba el pábilo de la vela con sus uñas negras, se dormía de pie, roncaba, se despertaba y volvía a musitar oraciones incomprensibles.

Por la noche, alguien comenzó a agitar una linterna y a gritar al otro lado del río. Fui a la orilla con el tío Ilko. El río bramaba. El agua desbordaba la presa con una fría cascada. Era noche cerrada, muy oscura, no se apreciaba ni una estrella en lo alto. El frío salvaje del agua que se desbordaba, de la tierra congelada, azotaba mi rostro. Y durante todo ese tiempo alguien agitaba una linterna y gritaba al otro lado del río, pero sus palabras resultaban inteligibles por el ruido del río.

—Debe ser mi madre —le dije al tío Ilko.

Pero no me contestó.

—Vamos —dijo tras un momento de silencio—. Hace frío en la orilla. Te vas a resfriar.

⁹ Mijaíl Dmítrievich Skóbelev (1843 - 1882). General que participó en la conquista rusa de Asia Central y en la guerra ruso-turca de 1877 - 1878.

Yo no quería volver a casa. El tío Ilko esperó en silencio un poco más y luego se marchó. Yo me quedé observando la linterna que se movía a lo lejos. El viento soplaba cada vez más fuerte, sacudía los álamos y traía de alguna parte un humo dulzón de paja.

Por la mañana enterramos a mi padre. Nechipor y el tío Ilko cavaron una tumba en la arboleda situada al borde de un barranco. Desde allí podían verse a lo lejos los bosques que se encontraban más allá del río Ros y el cielo blanquecino de marzo.

Sacaron de casa el ataúd sobre unos anchos *rushniki*¹⁰ bordados. El sacerdote iba delante. Miraba al frente con sus ojos tranquilos y grises y decía a media voz oraciones en latín.

Cuando sacaron el ataúd al porche, vi al otro lado del río un viejo carruaje con caballos enjaezados que tiraban de él y a una mujer vestida de negro. Mi madre. Estaba de pie junto a la orilla. Desde allí vio cómo sacaban a mi padre. Luego se arrodilló y cayó de cabeza sobre la arena.

El cochero, alto y flaco, se le acercó. Se inclinó y le dijo algo, pero ella no se movió en absoluto.

Después se levantó de un salto y corrió por la orilla hasta llegar a la presa. El cochero la sujetó. Mi madre cayó sin fuerzas a tierra y se cubrió la cara con las manos.

Llevábamos a mi padre por el camino hacia la arboleda. En la curva miré atrás. Mi madre seguía sentada con las manos en la cara.

Todos callaban. Solo se oía el sonido del látigo de Bregman contra su bota.

Junto a la tumba, el sacerdote levantó sus ojos grises hacia el frío cielo y dijo en latín, de forma pausada y sonora:

—*Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis!*

Que significa: «¡Dales el descanso eterno, Señor, y que la luz perpetua los ilumine!».

¹⁰ Piezas alargadas de tela decorativa. Utilizadas en el mundo eslavo en rituales sagrados, servicios religiosos y ceremonias importantes.

El sacerdote guardó silencio y escuchó. El río retumbaba y sobre nuestras cabezas los herrerillos cantaban en las ramas de los viejos olmos. El sacerdote suspiró y comenzó de nuevo a hablar del eterno deseo de felicidad y del valle de lágrimas. Sus palabras fueron extraordinariamente apropiadas para la vida de mi padre. Incluso hicieron que se me encogiera el corazón. Años más tarde sentí con frecuencia esa misma opresión en el pecho cuando me enfrentaba al deseo de felicidad y a la imperfección de las relaciones humanas.

Se oía el río y el dulce piar de los pájaros. Con ayuda de los *rushnikí*, bajaron el ataúd, que arañaba la tierra húmeda y crujía, hasta su tumba.

Yo tenía entonces diecisiete años.